

y amplían nuestro conocimiento sobre aspectos aún poco estudiados de las relaciones personales y familiares en contextos rurales como el Virreinato de la Nueva Granada y la naciente República. La autora señala que muchos de los casos se dieron en un ambiente rural de marginación y pobreza, con escasa presencia de las instituciones estatales y eclesiásticas. La violencia ejercida por los padres sobre sus víctimas fue una constante, salvo en los casos en que los involucrados fueron otro tipo de parientes (como cuñados, compadres, familiares lejanos, etc.) y hubo un cierto grado de complicidad entre los implicados. El tema racial no fue determinante en el desarrollo de estas conductas y no se puede considerar que haya sido más frecuente en los sectores más estigmatizados. De hecho, la mayoría de los casos involucran a personajes considerados racialmente blancos en los documentos, aunque fueron pocos los que proporcionaron este dato. A través de los testimonios de los casos analizados podemos ver la forma en que se desarrollaba la vida cotidiana en lugares apartados, lejos de las grandes villas y ciudades del virreinato. Aún queda mucho camino por recorrer para comprender la forma en que se dieron este tipo de conductas, pero el trabajo de Jenny Malagón es un importante paso en esta dirección. Ojalá que esta obra sirva como estímulo para que muchos otros jóvenes investigadores se animen a retomar el estudio de la cotidianidad en tiempos coloniales.

Jorge Augusto Gamboa M.

Instituto Colombiano
de Antropología e Historia

Llegaron al país para quedarse

*Los árabes en Colombia.
Del rechazo a la integración*

PILAR VARGAS ARANA

Y LUZ MARINA SUAZA VARGAS

Editorial Planeta, Bogotá, 2007. 229 págs.

EL LIBRO —con prólogo del periodista Yamid Amat— se propone como “un reconocimiento y una celebración de la diversidad cultural del país”.

El planteamiento inicial busca deconstruir precisamente el ‘mito’ y todas sus equívocas sustentaciones de Colombia como “una nación homogénea, donde coexisten personas que pertenecen a la misma religión, hablan el mismo idioma y son de la misma raza” (pág. 19). América toda, antes del descubrimiento, ya era diversa, y esta diversidad se multiplicaría con la llegada de los españoles (representantes de pueblos y culturas diferentes, mezclados con los árabes, y más tarde con africanos provenientes de pueblos ararás, yorubas, fones, guineos, congos, carabalíes, mines). En este contexto, “la llegada de un contingente significativo de inmigrantes árabes —sirios, libaneses y palestinos—, desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, ha dotado a Colombia de una diversidad genética y cultural que puede considerarse una gran riqueza” (págs. 20-21). Excluida la diversidad del proyecto de nación en el siglo XIX, se apunta a la redefinición de identidades “desde lo que realmente se es”, en la pluralidad o diversidad cultural “cuyos aportes han estado en la base del desarrollo del país”, y en este contexto, la comunidad levantina establecida en el territorio nacional, comunidad en un comienzo rechazada y con el tiempo integrada a nuestras realidades económicas, políticas y culturales.

Trazando la ‘cartografía levantina’

Dos investigadoras, dos escritoras, dos visiones conjugadas en su diferencia y en contrapunto y alternancia —en esta dialéctica del rechazo y la integración de inmigrantes árabes al país colombiano— dialogan en el libro de Pilar Vargas y Luz Marina Suaza. La

primera, maestra de la Universidad de Stanford y con doctorado en Historia de la Universidad de Cádiz, cuya tesis de grado ampliará y consolidará el trabajo investigativo aquí explicitado: *Diáspora del Medio Oriente: el caso de la migración siria, libanesa y palestina a Colombia, 1880-1980*. La segunda coautora, antropóloga de la Universidad de Antioquia y maestra de la Universidad Pedagógica Nacional. Coautora, así mismo, de *La identidad nacional en los textos escolares de ciencias sociales, Colombia 1900-1950*; de igual forma, es narradora y ha publicado los libros de cuentos *La cama doble* y *La duda metódica*.

Algunos elementos comunes en los procesos investigativos y discursivos en las autoras: primero, el estudio de historiografías y corpus amplios: las migraciones siria, libanesa y palestina entre 1880 y 1980, y la producción textual de manuales escolares de ciencias sociales entre 1900 y 1950; la resignificación en los dos casos de la problemática de la (o las) identidad(es) nacional(es).

En cuanto a *Los árabes en Colombia. Del rechazo a la integración*, las historiadoras abordarán la lectura analítica de un conjunto de periódicos colombianos publicados entre 1880 y 1980 en Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Buenaventura, Cali, Cartagena, Ciénaga, Cúcuta, Girardot, Honda, Ibagué, Magangué, Manizales, Medellín, Ocaña, Palmira, Pamplona, Santa Marta y Socorro. Son sesenta y dos los diarios consultados y fragmentaria pero pertinente transcritos en uno de los lenguajes del libro, el conceptual-argumental-periodístico-descriptivo. Entre ellos, *La Nación*, *El Liberal*, *El Porvenir*, *El Comercio*, *El Progreso*, *Diario del Comercio*, *La Prensa*, *La Unidad Costeña*, *El Pabellón*, *Rigoletto*, *El Imparcial*, *El Derecho*, *El Productor Colombiano*, *El Periscopio*, *El Heraldo* y *Diario del Caribe*, de Barranquilla. También *El Gráfico*, *La Prensa*, *El Tiempo*, *El Liberal*, *La Gaceta Gráfica*, *La Semana Cómica*, *Bogotá Gráfico*, *El Siglo* y *El Espectador*, de Bogotá.

De manera complementaria, las investigadoras se detendrán —puntuando y resumiéndolos, cronológica e históricamente— en leyes y

decretos sobre inmigración en la década de 1930 y en cuadro comparativo de censos de población extranjera entre 1900 y 1973. Por último, perfilan en otro cuadro los personajes políticos de origen sirio, libanés y palestino en distintas administraciones comprendidas en los cuatrienios 1930-1934 de Enrique Olaya Herrera hasta el de 1974-1978 de Alfonso López Michelsen.

Dos lenguajes dialogantes en la cartografía del otro

El lenguaje o historia periodística, como queda dicho, registra la presencia de sirios, palestinos y libaneses en la prensa colombiana entre 1880 y 1980, en el espejo cóncavo y convexo del rechazo y la integración de los mismos en este lapso. En este corpus, se rastrean y trazan “las zonas geográficas donde se asentaron los levantinos” (pág. 23), es decir, los lugares de vida y

los referentes económicos, sociales y culturales que caracterizaron lo que se ha denominado como la diáspora levantina.

Los inmigrantes árabes ocuparon en pequeña escala una gran parte del país. La presencia fue más notoria en los departamentos del Atlántico, Bolívar, Magdalena, Cesar, Córdoba, Sucre, Norte de Santander, Santander, Boyacá, Nariño, Huila, Meta, Arauca, Chocó, Valle del Cauca, la ciudad de Bogotá y algunos municipios, como Girardot en Cundinamarca y Honda en Tolima que, siendo puertos del río Magdalena, fueron muy importantes hasta las primeras décadas del siglo XX. [pág. 23]

La información de prensa fue clasificada así: inmigración, comercio, vida social y política. La relación dialéctica entre rechazo e integración pasa revista –en la centuria analizada– por esta clasificación, la cual estructura los quince capítulos del libro. Por ejemplo, “la vocación de comerciantes” de los levantinos se reconoce y nombra en la prensa escrita, y tendría su época de oro a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX (luego las notas de prensa serán esporádicas...); en la publicidad, con un incremento desde 1890 y auge entre 1900 y 1919; en la vida social, que “ha ido en aumento”

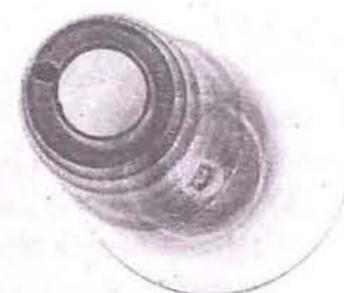
(pág. 25), nombres individuales y luego familias y comunidad, hoy el lugar de origen habría desaparecido de las referencias personales; en la participación en política: la inclusión se dará durante la segunda generación de inmigrantes, el caso de Gabriel Turbay sería ejemplarizante; el de Turbay Ayala lo será para la tercera generación al llegar a la Presidencia de la República. Hacia 1990, el 11% de los senadores elegidos tendrían origen siriolibanes, etc. Ha ocurrido su total integración al país colombiano.

De otra parte, el libro se estructura y realiza en y a través de un segundo lenguaje, literario-narrativo. El propósito: “darles profundidad a las escuetas noticias que aparecen en la prensa” (pág. 22).

Y más que dar profundidad a las noticias, configurar una historia “La historia de Salim Eslait y su esposa Abir, llegados a Colombia a finales del siglo XIX, (que) pudo haber sido la historia de los cientos de familias levantinas que se instalaron en el país” (pág. 22). Entonces se construye una voz narrativa que asume la historia en sus sucesivas generaciones –la cual buscará en los lectores levantinos y por extensión colombianos y latinoamericanos, ser contados, nombrados, resignificados–. Al respecto escribe Ricardo Piglia: “Me parece que uno de los elementos más intensos de la relación del sujeto con la realidad es la narración. Primero porque estoy convencido de que un sujeto vive su vida como una narración que se hace”. Así como escuchamos y leemos narraciones –historias, cuentos–, también seríamos nosotros narraciones dichas: “Yo hablo de historias, pero también soy hablado por las historias”, afirma Momy Elkaïm. Más todavía: *Yo soy por las historias*, unas veces sujeto que las cuenta; otras, sujeto que es contado, señala J. P. Faye. El o los trayectos, encuentros y desencuentros entre nosotros, sujetos sociales, serían relacionamente trayectos narrativos, diciéndonos y comunicándonos de manera narrativa.

“Amal Abisambra es una relatora de su historia familiar. Por medio de ella hablan su pasado árabe, la nostalgia de su abuela, la rebeldía de su madre, las ansias de poder de su tío, las ilusiones de la tía Rania, las raíces

colombianas” (pág. 22). En este relato, los nombres son ficticios, mas no las situaciones temporoespaciales, conflictos, deseos, sueños, alegrías y dolores de los personajes.



Telar de voces

Cada uno de los quince capítulos del libro abre –y continúa en espiral en los sucesivos– con la historia contada en la voz de Amal. La ficción –a través del espejo– deviene referente de la historia de las migraciones y establece un diálogo con cada uno de los capítulos o fragmentos o categorías en las que ha sido clasificada la información de prensa antes mencionada: inmigración, comercio, publicidad, vida social y política, en un proceso dialéctico e histórico, progresivo, entre el rechazo y la integración. Estos ‘rechazo’ e ‘integración’ aparecen en el libro como pivotes semánticos y conducen la investigación –y a los lectores– hacia un cierre calculado tanto del lenguaje y voz narrativa, como del lenguaje y voz periodísticos, a la integración –en la diversidad del país colombiano– de los levantinos. En forma transversal, se investiga, analiza, lee e interpreta el derrumbe o disolución del “mito de la homogeneidad de la nación colombiana”. El libro apunta a ser uno de los vehículos semióticos y culturales en esta perspectiva.

Así, en el primer capítulo, la narradora y su voz:

Me llamo Amal Abisambra. Hace dos horas me enteré de que mi tía Rania Musallam, la hermana de mi madre, murió en el Líbano. No sé en qué parte de mi cuerpo ubicar el dolor que siento. [...]

Todas mis raíces están ahora en mi mente, me siento tan sola como un hongo, y yo que quería ser un cedro.

Mi presente se fue para atrás o, mejor aún, mi pasado se apoderó de

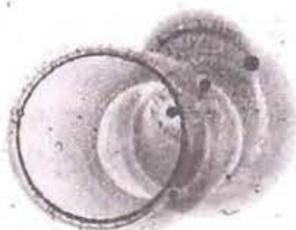
mi presente. En este momento de dolor lo único que me amarra a mi pasado libanés es el baúl de mi abuela. Abir Eslait.

Mi abuela siempre abría su baúl cuando estaba sola, pero yo la espía desde un árbol de mango y veía la reverencia de acto religioso con que comenzaba a sacar sus pertenencias. [...]

Mi madre [...] un día antes de su muerte abrió el baúl, se probó los trajes, se puso las joyas, leyó las cartas y me dijo que el baúl era mío y que recordara siempre que en ese baúl estaba lo que yo era (bastardillas nuestras).

[...] Abro el baúl con la llavecita de oro que he llevado colgada a mi cuello durante muchos años y encuentro una gran cantidad de objetos diferentes, tales como recetas de cocina, desesperadas y apasionadas cartas de amor escritas a mi abuelo después de su muerte, varios juegos de naipes, una cajita llena de pequeños recuerdos insignificantes [...]

Todos mis seres queridos están lejos o muertos y siento que debo escribirme a mí misma sobre ellos (bastardillas nuestras). [págs. 29-32]



La memoria se escribe, Amal como sujeto de escritura e historias se escribe a sí misma para narrar sus recuerdos, que a su vez se leen como una historia familiar y personal. Cuenta y se cuenta, narra la historia de su familia—desde sus abuelos— para narrarse ella misma, para ser el pasado de su presente. De manera metafórica, el baúl de la abuela es gran parte de su memoria que se escribe, es Amal; metonímicamente, los objetos allí encontrados son los recuerdos de una familia de levantinos a lo largo de tres generaciones. Las raíces del árbol—con el que fabricara el baúl— están y estaban en el Líbano, el cuerpo del baúl—cuerpo narrativo de la familia— en la Colombia de hoy, aquél como cuerpo de

recuerdos e identidades, aquí relatado o contado.

Así, en el capítulo I, los intertítulos *Si la prensa lo dice; Yo soy, tú eres, ellos no son; Ahora sí, la prensa* y *Los extranjeros en la prensa*. Las investigadoras asumen el discurso periodístico en Occidente como informador y orientador, “vehículo importante para la construcción de los imaginarios que acompañaron nuevas formas de existencia social, como las naciones. [...] La prensa ha ayudado en la creación del ‘nosotros y los otros’, es decir, de las identidades colectivas” (pág. 33). Las identidades, nacientes de “la toma de conciencia de la diferencia” (citando a Tzvetan Todorov). Y el ‘otro’ como extraño, extranjero y desconocido. En Colombia, nación construida o inventada en el siglo XIX, “Se inventaron una historia, un mundo homogéneo, un ideal de ser colombiano” (pág. 36), allí habría nacido un ‘nosotros’, diferente al de otras naciones. Un ‘nosotros’ en formación (y también en ‘degeneración’, según un López de Mesa y otros), el cual debía protegerse—discriminando asiáticos, africanos, etc.—, con la promoción de inmigración de ‘razas sanas’.

La prensa, proponen las autoras, al responder el interrogante de Jesús Martín Barbero, “¿Cuál es el ‘relato de nación’ que construyó una prensa ligada tradicionalmente a los poderes políticos y económicos?”, expresan: “se encargó de recrear el pasado, mitificar a los héroes de la patria, reorganizar los acontecimientos, proponer ideales de futuro, establecer las líneas de quiénes somos ‘nosotros’ y quién es el ‘otro’” (pág. 39). De allí, la constatación y el análisis de la prensa colombiana de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, sobre la prensa y el rechazo del otro, extranjero, extraño y desconocido, por ejemplo, los chinos (“una raza perniciosa”) y otros inmigrantes como los gitanos vistos como impíos”, pervertidos y depredadores, los ‘turcos’, poseedores de taras morales y atávicas... y los judíos, descritos por algunos periodistas como una raza abyecta.

El capítulo II cuenta ficcionalmente la llegada del padre de Amal, la narradora, Abdo Abisambra, a Colombia en 1920, huyendo de la caída del Imperio otomano. En este acápite, se

aborda en *Leyes, lógica y prejuicio*, el origen de determinadas leyes y cómo antes de 1930, la inmigración en Colombia “nunca superó el 0,30 o el 0,35% de la población del país” (pág. 49). Manuel Ancizar, en 1847, impulsó una ley que reorganizaba la política migratoria, pero en 1856 Lino de Pombo apoyaba solo la llegada de extranjeros al país por su papel civilizador. En el siglo XX continúa la discusión sobre la nacionalidad de los extranjeros inmigrantes (los eugenicistas promulgaban el mejoramiento de la raza). La Ley 114 de 1922 fue estatutaria para que se dictaran decretos calificados después como racistas. Durante los gobiernos de Olaya Herrera y López Pumarejo, se limitó la entrada de asiáticos y negros y se fijaban cuotas al ingreso de otros inmigrantes; en 1937, mediante decreto, se fija “cuáles son los extranjeros deseables y cuáles no” (pág. 55). Un decreto del mismo año pone más condiciones para la entrada de árabes (su conducta, estado civil, salubridad y un depósito económico). El censo de 1940 registra un total de 22 158 extranjeros residentes en Colombia. Después de la década del sesenta, esta discusión sobre inmigración “dejó de considerarse un problema nacional” (pág. 57).

Amal seguirá contando su historia familiar hasta la generación de su hija Catalina González Abisambra, quien no tendrá problemas de identidad en Colombia, pero al emigrar a los Estados Unidos, afronta dos dificultades, “ser colombiana y árabe”. Seguirá Amal “viviendo de los recuerdos del baúl de mi abuela Abir”. Ese legendario, memorioso y también simbólico baúl, “contiene el pasado de mi abuela, de mi madre y ahora el mío”. Y cierra su relato, manifestando: “No estoy segura de qué querrá hacer mi hija con este baúl que le dejo” (págs. 207-209). Catalina quizá lo dejará olvidado en Colombia, el símbolo se vaciará de sentido...

Conceptual/analítico y descriptivo, el lenguaje periodístico...

y metaperiodístico de Pilar Vargas y Luz Marina Suaza. Del qué es el discurso de prensa en términos fundacionales de nación, imaginarios e identitarios, se aborda la noción de

inmigrante (“alguien que está aquí pero viene de allá. Su identidad pierde su territorio”, pág. 66). Los levantinos enfrentados a un mundo excluyente y tratados como ciudadanos de tercera. Ante esta realidad social, las estrategias de integración e interrelación: adaptación y resistencia pasiva. Solo a partir de la tercera generación se disminuirá la tensión identitaria. Se nombra su representación en *La vorágine* y en *Cien años de soledad*.

Se describen a continuación los movimientos migratorios de sirios, palestinos y libaneses, en tres etapas. La información oficial empieza a producirse en 1910. Se detallan los registros de prensa en Cali, Manizales, Bogotá... de personas y cosas. En la prensa, la aparición y cruce de correspondencia entre inmigrantes, luego, en *Vender y vivir*, la implementación de una forma de comercio “sustentada en ventas a domicilio” (pág. 94). La oferta de productos en la prensa, como también su presencia en el campo del transporte marítimo, diferentes asociaciones comerciales, tiendas. Hacia 1920, la xenofobia estará relacionada con “la competencia comercial” (pág. 101).

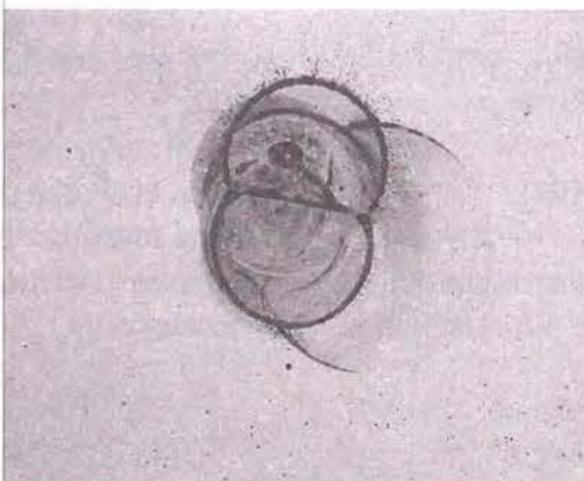
Las investigadoras se detendrán en los anuncios publicitarios (“con un punto máximo entre 1904 y 1919”, pág. 107), taxativos o bien con cierto aire de intimidación.

El capítulo VIII se referirá a las colonias, como grupos de pertenencia, “islas en el mar de la diferencia”, reconstrucción de un ‘nosotros en pequeño’, se está aquí pero hacen sentir “como si se estuviera allá” (pág. 115). Lórica, Ipiales, Cali, y procesos de construcción de “una identidad nueva sobre una vieja” (pág. 116), problemáticos. Procesos en los que se presentan ataques y es necesario defenderse, en algunos casos narrados y publicados por la prensa. El miedo a las diferencias desataría paranoias. Pero, poco a poco, “se va construyendo una minoría cultural en Colombia. [...] gentes que están más aquí que allá” (pág. 125).

Las donaciones económicas son estudiadas como formas de integración, logrando “prestigio, ascenso, presencia y reconocimiento social” (pág. 129). Se considerarán aquí ciertos tipos de auxilio en Barranquilla, Girardot, Cali, Manizales. Otras formas de inte-

gración entrarán en juego: matrimonios, escolaridad y deportes.

En la vida política: palestinos, sirios y libaneses incursionarán en la política, a partir de 1930. Las investigadoras dedicarán un acápite del libro a la carrera política –su aspiración a la presidencia y su muerte posterior– de Gabriel Turbay Abunader. Se transcriben, centrados en 1946, fragmentos de la prensa conservadora (El Siglo, El Colombiano) en contra de la persona y la candidatura de Turbay. Como se sabe, por la división liberal entre Jorge Eliécer Gaitán (358 957 votos) y Gabriel Turbay (441 199), Mariano Ospina Pérez accederá a la primera magistratura (con 565 939 votos). Al final, “su muerte fue un acontecimiento nacional que se registró en todos los periódicos de la época, se hicieron ediciones extraordinarias, páginas enteras de adulaciones y homenajes” (pág. 185), dicho con cierta ironía.



Un capítulo, el XIII, se detendrá en forma breve en las mujeres: “Son muy pocas las mujeres árabes convertidas en personajes y referenciadas en la prensa entre 1884 y 1980” (pág. 189). Se citan, entre otras, a Labibe S. de Mebarak, en 1906; Victoria Fadhul, en 1915; Sofía Zurek de Ocaña, en 1928 (primera imagen o fotografía publicada de mujer árabe); Bárbara Abunader de Turbay, en 1940; María Susana Awad, primera mujer alcaldesa (Ocaña), en 1962... y se traen a cuento de igual manera los nombres de la poeta Meira del Mar y la cantante Shakira: “La historia siempre la han escrito aquellos que tienen el poder, y como el poder de las mujeres se ha desenvuelto más en la escena privada o en el ámbito de lo privado, la historia no las ha nombrado, pero ellas siempre estuvieron. Les que-

remos hacer un reconocimiento [...]” (pág. 194), dicen las autoras del libro.

Finalmente, formulan las investigadoras:

[...] la presencia extranjera en el territorio nacional no ha superado el 1%, es decir, Colombia no ha sido un polo de atracción masiva para los inmigrantes y, además, sus leyes al respecto han sido restrictivas y en algunos casos chauvinistas.

A pesar de lo cerrado de las leyes, a pesar de lo limitado de los cupos, a pesar del rechazo por la raza, la lengua, la cultura, etc., los sirios, palestinos y libaneses llegaron al país para quedarse. No es un secreto para nadie que ningún otro grupo de inmigrantes en Colombia ha tenido la misma presencia que las colonias levantinas.

Se integraron a unas reglas diferentes, aceptándolas, pero también su cultura se incluyó en las culturas locales y nacionales [...]. A la vez que se integraron, fueron incluidos y se adaptaron, y pudieron participar de manera protagónica tanto social como políticamente.

[...] y, en la medida en que se van integrando más y más a nivel nacional, desaparecen las referencias a sus lugares de origen. [págs. 210-211]

Algunos nombres: David Manzur, pintor; Hernán Zajar, Amalie de Hazbún y Judy Hazbún, diseñadores; Abdú Eljaiek, fotógrafo; Alí Humar, actor; Luis Fayad, escritor; Farid Mondragón, deportista; Felipe Aljure, cineasta; Yamid Amat, Juan Gossaín y Julio Sánchez Cristo, periodistas; Salomón Hakim y Emilio Yunis, científicos.

Un trabajo investigativo –periodístico riguroso y narrativo, creativo, el de *Los árabes en Colombia. Del rechazo a la integración*–, importante, significativo, en la perspectiva cartográfica abordada así mismo por estudiosos como Rodrigo de J. García Estrada, Roberto Harker Valdivieso, Albert Hourani, Ahmad Mattar, Malcolm Deas, Adnan Al Musallam, Zayia M. Numa, Isabel Restrepo, Adelaida Sourdís Nájera, Joaquín Vilorio de la Hoz y Emilio Yunis Turbay.

Carlos Vásquez-Zawadzki